

varias fuentes, que a Cristóbal le picó el mosquito de la ambición más fuerte que de costumbre y pensó que de llegar a descubrir alguna nueva tierra, como él ambicionaba ser Gobernador y Virrey de ella, el Duque no podría nombrarlo Gobernador ni Virrey, como tampoco darle el título de Almirante de la Mar Océana, sino el propio rey.

Este libro, de edición llamativa, ilustrado con dibujos de trazo clásico, desprovistos en su mayoría de expresión y de la fuerza que la autora procura imprimirle a la narración, presenta muchos aspectos del contexto histórico del personaje, aunque en algunos de ellos se queda corto. Tal es el caso de la influencia de anteriores expediciones, como las de Marco Polo, a quien apenas se menciona. Igual sucede con la toma de Constantinopla por los otomanos, que impedía llevar más lejos los viajes de entonces al oriente.

Como el título del libro lo indica, se trata de la historia del Cristóbal Colón y no la del descubrimiento de América. Pero, ¿cómo separar el uno del otro? ¿Cómo podría insertarse en un cuento sobre Colón el contexto más amplio de las circunstancias particulares que hicieron posible una empresa de tanta magnitud como fue el descubrimiento de América? El auge del intercambio mercantil que conduce al acelerado desarrollo de la navegación y de las ciudades portuarias, el afán de conquistar nuevas tierras, fuentes de metales y piedras preciosas, la competencia colonial entre los diferentes reinos, son aspectos que no demeritan la grandeza de Colón, pues, si bien es cierto que estas circunstancias favorecieron la expedición, también lo es que se trató de una enconada confrontación entre los nuevos conocimientos científicos y las ideas feudales imperantes. Este conflicto constituye la esencia de la brega de Colón para sacar adelante su idea ante la comisión designada por los reyes de Castilla. De ahí lo definitivo de la carta de Toscanelli. Por supuesto, presentar contextos amplios supone grandes dificultades técnicas

para la elaboración de tramas de relatos que procuren simplificarlas para la infancia.

El libro de Amparo Ángel es un esfuerzo meritorio que se suma a otros, como el de Fernando Laverde y su película con el respectivo libro. Son ellos buen material para presentar a los niños, de manera acogedora, la historia del gran Almirante, con motivo de la próxima celebración de los quinientos años del descubrimiento de América. Representan estos trabajos una adecuada forma de asomar a los pequeños a las puertas de la historia y de animarlos a entrar por ellas.

AMPARO LOTERO BOTERO



De la ilustración como obstáculo

Los cuentos de mi abuelo el coronel
Gabriel García Márquez

Compilación y prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda. Edición conmemorativa de los cuarenta años de Smurfit Cartón de Colombia, Cali, 1989, sin paginación.

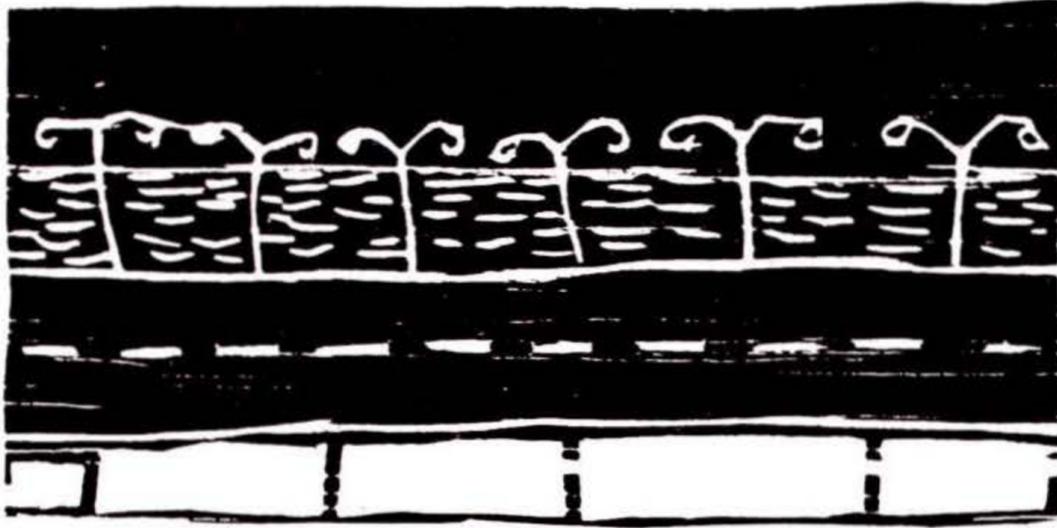
En bus desde Santa Marta, o desde cualquier lugar a más de veinte grados centígrados, las ideas escurren y quedan todas atrapadas en un pañuelo.

Así, pues, el imperativo recuerdo de una paleta de guanábana produce una nueva obra literaria, y la pere-

grinación de un hombre enorme, relatada en letras muy pequeñas, nos conduce hasta Aracataca. El lugar del abuelo coronel y de su nieto Gabriel García Márquez —un hombre que, después de haber escrito lo más sabio sobre los hombres, lo más absurdo sobre la risa, lo más sensato sobre el amor, se enfrasca en un laberinto de opiniones por escribir la vida de un general—. Ahí, en ese lugar en donde los cigarrillos se los fuma el viento, sentado en una banca de granito frente a la estación del tren, el hombre enorme recuerda ese pueblo y los personajes que hoy están enterrados tras la iglesia. En un pueblo donde el sepulturero se ufana de su tumba y dice que uno después de muerto no es problema, que el problema es estar vivo; en un pueblo

que, sin recorrerlo, todos reconocemos. Está —creo— bastante claro que el denominado realismo fantástico de García Márquez no es otra cosa que realidad; la tediosa cotidianidad del calor, y la imaginación y los chismes que son lo único, con los gallinazos, que en ese clima vuela.

Desde ahí, a Cobo Borda se le ocurre enterar a los niños, y al público lector en general, que Smurfit Cartón de Colombia, al cumplir cuarenta años, con la idea promovida por Gilma Jiménez Castillo y con los dibujos de Mario Gordillo, decidió patrocinar una edición de García Márquez en cartón. A pedacitos, Cobo logra su cometido. Publica fragmentos de *Cien años de soledad*, *El amor en los tiempos del cólera*, *La increíble y triste historia de la cándida Eréndida y su abuela desalmada* y un cuento: *La prodigiosa tarde de*



Baltazar, del libro *Los funerales de la Mamá Grande*.

Queda claro que el mundo es redondo como una naranja, que Gordillo confunde a Simbad con el Mohán, que en Macondo se vuela en estera; que Uldarrico Minotta R. (diseñador gráfico y estructural) hace, con el material suficiente para dos libros, uno. Que es necesaria, al leer, una regla para no perderse entre los apañuscados y largos renglones.

¿Hasta qué punto está logrado, en esta edición, el propósito del libro de acercar a los niños a García Márquez? ¿De crear en el público infantil la inquietud de leer cosas escritas para adultos?

Es imposible para un niño, para cualquiera, concentrarse en el texto en medio de una cantidad de ilustraciones que no amenizan sino que perturban, porque atiborran las páginas.

El texto no sobresale en el libro. Está tras los dibujos, y cuando no, está tan atiborrada de letras la página, una tras de otra, casi sin espacios en blanco, que es imposible leer.

Le va mejor, a quien tenga en su casa otras ediciones de las obras escogidas por Cobo, repartirlas por páginas entre los niños y crearles la inquietud de dibujar los "cuentos" para que en una próxima edición los adultos que lanzaron ésta acaricien la posibilidad de un nuevo lenguaje editorial; más sencillo, más liviano, que no se desbarate en manos de un infante a la primera hojeada.

Cabe anotar en esta reseña que el libro *Los cuentos de mi abuelo el coronel* no salió nunca al mercado. Fue un regalo de Smurfit Cartón de Colombia en su cumpleaños número cuarenta.

NICOLÁS ESPINOSA

Lindos libros lúdicos

Cúcuru mácara
Adivíneme ésta

Silvia Castrillón (comp.)

Editorial Norma, Bogotá, 1987 y 1988

Los libros de poesía folclórica compilada y seleccionada por Silvia Castrillón, *Cúcuru mácara* y *Adivíneme ésta*, ilustrados soberbiamente por los dibujantes Alekos (*Cúcuru mácara*) y Edgar Rodez (*Adivíneme ésta*), que nos presenta la Editorial Norma, vienen a colaborar de manera muy precisa y sugestiva con el propósito compartido por muchas personas e instituciones, que buscan rescatar al libro, y en general a la cultura oral y literaria, del último rincón a que han sido relegados con el advenimiento de la cultura de imágenes masivas. El lenguaje —la palabra, en fin—, admitiendo la diversidad casi infinita que la noción de lenguaje cobija, fue y es, al menos en el nivel del desarrollo primero de cada individuo particular, una señal de evolución, de apropiación de una tradición referencial, de humanización. Sin embargo, se da el caso, y tal es el nuestro, que, por una amplísima gama de razones, el lenguaje deja de ser un agente dinamizador y se transforma en un reducto de formulaciones osificadas y dificultosas. La razón primordial, extraída del abanico de explicaciones de toda índole que dan razón de éste fenómeno, parecería ser que la apropiación del lenguaje se ha divorciado del placer, ha dejado de ser apasionante, entretenida, lúdica. Nuestros niños tienen que acostum-

brarse demasiado rápido a un mundo poblado por cosas que no poseen más que un nombre, un sentido y una justificación. Nada más ajeno a la feliz diversidad de la niñez.

Cúcuru mácara es un compendio de poesía folclórica que incluye retahílas:

*En la ciudad de Pamplona
hay una plaza;
en la plaza...*

trabalenguas:

*Era una madre godable,
pericotable y tantarantable....*

juegos, rondas y canciones:

*Mambrú se fue a la guerra,
qué dolor, qué dolor, qué pena!*

y coplas y rimas:

*Un diablo se cayó a un pozo,
otro diablo lo sacó...*

extraídos todos de nuestra tradición popular. Por su parte, en *Adivíneme ésta* contamos con ochenta y tres adivinanzas seleccionadas del millonario arsenal del ingenio colectivo. Contando con los dos libros, un educador, un padre de familia y, en fin, cualquier persona interesada o cualquier niño en edad escolar propicia puede hacer suya una parte representativa del hacer lingüístico de la comunidad. En las obras encontramos claramente enfatizados los elementos más simples del lenguaje y, por ende, de las relaciones humanas fundamentales. El ritmo, la musicalidad que se vierten en cada una de estas adivinanzas y retahílas, nos advierte cómo en la infancia y en el saber común el lenguaje no es en principio un medio de uso y funcionalidad, sino un fin en sí mismo, que a sí propio se basta y nos ofrece placer, entretenimiento y cordialidad. Se habla para referirse al mundo, para indicar una situación con claridad y precisión, pero en principio se habla para compartir, para experimentar una cercanía, una fraternidad, en fin, para sentirnos —con otros— hombres.

Son incontables las generaciones de colombianos que han aprendido a